

PROGRAMA DE FILOSOFIA

EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE: WENDYS DEL CARMEN RAMÍREZ LÓPEZ

**TÍTULO: "SIGMUND FREUD Y HEBER MARCUSE RESPECTO A LA IDEA DE LA FELICIDAD  
DEL INDIVIDUO DENTRO DE LA CULTURA"**

***CALIFICACIÓN***

***APROBADO***

***LUIS ZUÑIGA HERAZO***

*Asesor*

***ROBIN JAVIER CASTRO LEMUS***

*Jurado*

Cartagena, 29 de enero de 2021

## AGRADECIMIENTOS:

Esta tesis es dedicada a mis padres, Oswaldo Ramírez Atencia y Ángela López Meza, por todo el apoyo y amor que me han brindado a lo largo de mi vida, sin ustedes no lo habría hecho posible. De igual forma le agradezco a mi asesor Luis Zúñiga Herazo por la paciencia que tuvo al guiarme durante todo el desarrollo de mi tesis. Gracias a ustedes esto es posible.

**Título:**

**Sigmund Freud y Herbert Marcuse respecto a la idea de la felicidad del individuo dentro de la cultura.**

**Wendy Ramírez López**

**Asesor: Luis Zúñiga**

**Universidad de Cartagena**

**Facultad de Ciencias Humanas**

**Programa de Filosofía**

**Título al que se aspira: Filósofa**

**Ciudad: Cartagena de Indias**

**2020**

## Tabla de contenido.

Resumen.	5
Abstrac.	6
Introducción	7
Capítulo 1. Conflicto entre cultura e individuo. Sigmund Freud.	8
1,1. Surgimiento de la cultura.	8
1,2. Los dos ámbitos de la psique.	15
1,3. El papel de Eros y Tanatos en la cultura.	22
1,4. La importancia del super-yo dentro de la cultura.	26
Capítulo 2. El conflicto entre Eros y civilización de Sigmund Freud a Herbert Marcuse.	37
2,1. Origen de la represión.	39
2,2. Principio de actuación y represión excedente.	45
2,3. Cultura de la dominación de la consciencia.	50
2,4. Trabajo libre de dominación.	58
3. Conclusión.	62
4. Bibliografía.	67

## **Resumen.**

En el presente trabajo se hace una exposición de los argumentos que el padre del psicoanálisis Sigmund Freud plasma en su libro “El malestar en la cultura”, para manifestar la represión que el hombre ha sufrido de sus pulsiones dentro de la cultura, que conlleva al conflicto individuo-sociedad. Luego, se expondrán los argumentos que el filósofo y crítico de la sociedad, Herbert Marcuse, realiza sobre los argumentos freudianos, en su libro “Eros y civilización”, para expresar a través de una crítica social, como el hombre ha sido reprimido por una sociedad de dominio. Marcuse incorpora dos conceptos: principio de actuación y represión sobrante, que son los conceptos claves para la crítica a la sociedad y para la dicotomía con los argumentos realizados por Freud. Los textos en los que se basa esta exposición son: El malestar en la cultura de Sigmund Freud, Eros y civilización de Herbert Marcuse, y otros textos complementarios de estudiosos y analistas de Freud y Marcuse.

## **Abstrac.**

In the present work, an exposition of the arguments that father or psychoanalysis Sigmund Freud expresses in his book “the malaise in culture” is made, to express the repression that man has suffered from his drives within the culture, which leads to the individual-society conflict. Then, the arguments that the philosopher and critic of society, Herbert Marcuse, makes on freudian arguments, in his book “Eros and civilization”, will be exposed to express through a social criticism, how man has been repressed by a domain Company. Marcuse incorporates two concepts: principle of action and surplus repression, which are the key concepts for the criticism of society and for the dichotomy with the arguments made by Freud. The texts on which this exhibition is based are: The malaise in culture by Sigmund Freud, Eros and civilization by Herbert Marcuse, and other complementary texts by scholars and analysts of Freud and Marcuse.

## **Introducción.**

El trabajo que se presenta se deriva de la revisión documental de los textos “El malestar en la cultura” de Sigmund Freud, y “Eros y civilización” de Herbert Marcuse. Se pretende dar cuenta, en un primer momento, la represión a la cual son expuestos los instintos del hombre dentro de la cultura. Como la energía de los instintos es, una parte orientada hacia otros fines, y otra parte coartada o destruida, lo que conlleva, al malestar individuo-cultura. A la oposición entre cultura y eros. Freud muestra su carácter negativo ante una posible salida a la satisfacción del hombre, debido a que, la cultura, a cada avance que realicen los instintos, impone mayor restricción.

En un segundo momento, se expondrán los argumentos de Herbert Marcuse, para mostrar la dicotomía entre sus postulados y los de Freud. Marcuse, a diferencia del pesimismo freudiano, trata de buscar una salida hacia la libertad del hombre dentro de la cultura. y manifiesta que, se puede reconciliar eros y civilización. La cultura de masas con la desublimación represiva y sus avances técnicos, posee las pautas y los recursos para acabar con el conflicto eros-civilización. Aunque esta conciliación y superación del conflicto, trae consigo una conciencia feliz que afirma la sociedad sin oposición. En esta cultura de masas se ha perdido la negación y la denuncia, que existía en la alta cultura, donde la sublimación creaba nuevas dimensiones por donde el hombre negaba el mundo. A pesar de ello, Marcuse no abandona la idea de la satisfacción del hombre dentro de la cultura, aunque, no está a favor de una solución que reprima al individuo y lo convierte en un ser simplemente obediente de la sociedad represiva.

## Capítulo I

### **La represión de los instintos del hombre por la cultura: un conflicto entre cultura e individuo.**

#### **Problema:**

Existe un malestar del individuo hacia la cultura, que surge por la forma en que la cultura le resta al individuo parte de la energía de sus pulsiones. La cultura canaliza parte de la energía de las pulsiones de eros y la orienta hacia otros fines, y la otra parte de la energía instintiva la coarta o la destruye, causando insatisfacción en los hombres. La pregunta es, si con este malestar frente a la civilización, **¿Puede el individuo alcanzar el propósito de ser feliz dentro de una cultura que reprime sus instintos vitales, los cuales se hacen indispensables para la felicidad?** Freud muestra una actitud pesimista ante este problema. Argumentando que la historia del hombre esta antecedida por la represión. Desde el surgimiento de la cultura hasta la actualidad.

#### **1.1. Surgimiento de la cultura.**

La fuerza de la naturaleza es capaz de destruir a la raza humana con sus terremotos, avalanchas e inundaciones. Los hombres primitivos se encuentran en un estado de mayor indefensión ante los poderes de un mundo indómito, y ven por ello, un mayor riesgo de perder su vida por los fenómenos naturales. El hombre primitivo indefenso ve entonces, la necesidad de unirse con los demás hombres y buscar mutua protección. Necesita la unión con su prójimo para trabajar, suplir sus necesidades y mantenerse con vida. Y así, hacerles frente a

las catástrofes naturales. Surgiendo con esto, la unión de la raza humana, y con ella los primeros gérmenes de la civilización.

Pero no es solo la protección contra la naturaleza la que mantiene la unión de los primitivos, Sigmund Freud (1929-1930) observa como en la prehistoria antropeida se había adoptado el hábito de construir familias. El macho mantiene al lado a la hembra por ser el objeto de placer genital, y la hembra al lado del macho por ser su protector. Mostrando que el placer genital ayuda a la unión y construcción de los gérmenes familiares, y asimismo la protección que el macho le brindaba a la hembra, que en el estado primitivo se encuentra desamparada.

Pero en esta familia aún falta un factor importante de la cultura, las prohibiciones totémicas y tabúes que están presente en la horda primitiva y han sido incorporadas por la unión fraterna después de haber cometido el parricidio. Hipotéticamente Freud plantea la idea sobre la *horda primitiva*, una época donde el padre posee el mando y es el único beneficiario de los derechos sobre las mujeres y sobre la horda en general. Este derecho le da la potestad de poner las tareas a sus miembros, a los hijos les da el deber de encargarse de los trabajos pesados para mantener la horda. Y no tienen derechos sobre las mujeres que son el objeto del placer sexual.

Las mujeres les pertenecen todas al padre que hace el papel de un dios que cuida y vela por los intereses de la horda. Mostrando las desigualdades entre padre-hijos. Mientras el padre disfruta del objeto del placer, los hijos trabajan para mantener la horda, sin tener derecho al objeto placentero. Esta desigualdad lleva a que los hijos sientan celos, lo cual detona en la muerte del padre a mano de los hijos.

Llevado a cabo el parricidio, surge en los hijos el sentimiento de remordimiento. Experimentan sentimientos contrarios “ambivalencia de sentimientos” debido a que odian y aman a la vez a su padre. La culpa por darle muerte al padre lleva a él clan de hermanos a honrar y purificar su pecado, incorporando los mandatos, tabúes y el totemismo de la cultura realizada por el padre.

Esta acción de muerte del padre en la horda primitiva, a manos de sus hijos, muestra como el nacimiento cultural o el nacimiento de la horda está unida al complejo de Edipo. Edipo rey mata a su padre y se casa con su madre, produciendo el incesto. Lo mismo que sucede en la horda primitiva, los hermanos cometen el parricidio de su padre porque les priva el derecho al objeto del placer que son las mujeres, las cuales pertenecen al padre.

El horror al incesto cometido lleva al clan de hermanos a incorporar totemismos y tabúes para que no se repita la muerte del padre ni el incesto. Freud (1912-1913) logra observar una similitud entre la hipótesis de la horda primitiva y el totemismo de las tribus primitivas de Australia. Utiliza el ejemplo de las tribus primitivas de Australia para mostrar que, aunque no poseen una religión y sistema social bien establecido, sí poseen normas. Se rigen por un sistema llamado tótems que actúa como su religión y su estructura social. “El tótem es, en primer lugar, el antepasado del clan y en segundo, su espíritu protector y su bienhechor, que envía oráculos a sus hijos y los conoce y protege aun en aquellos casos en los que resulta peligroso” Freud, Sigmund. (1912-1913). *Tótem y Tabú*. Roma, Italia. (Freud, *Tótem y Tabú*, 1912-1913, pág. 6).

Los individuos que comparten un mismo tótem se hayan sometido a él, como una sagrada obligación. La violación al tótem trae consigo un castigo, que puede ser hasta la muerte o la

expiación. Y se le obliga a la comunidad totémica a respetar la vida del tótem y abstenerse de comer su carne. Los individuos que comparten un tótem se hayan unidos a él más que los mismos lazos de sangre.

El tótem pasa a todas las generaciones siguientes, por parte de la madre y del padre “el tótem se transmite hereditariamente, tanto por línea paterna como materna. Es muy probable que la transmisión materna haya sido en todas partes la primitiva, reemplazada más tarde por la transmisión paterna” (Freud, Totem y Tabú, 1912-1913, pág. 7). La exogamia es la norma reina del tótem, que promueve que el vínculo sexual entre los miembros del mismo clan totémico, no se permite. La violación a esta norma no implica un castigo como cuando se viola el tótem, pero si implica la venganza de la tribu. La tribu entera se venga, como si estuviese defendiéndose de una seria amenaza.

El tótem heredado de la madre implica que los hijos no pueden tener relaciones sexuales con sus hermanas y madre, por pertenecer al mismo tótem. Violar esta norma es cometer el horror del incesto, así como la cometió Edipo. Incluso no solo se prohíbe las relaciones sexuales con la madre y las hermanas, sino, además, con su clan totémico, debido a que se consideran parientes, aunque no tengan el mismo tipo de sangre.

Podemos observar como el complejo de Edipo está presente en el totemismo. En el tótem se prohíbe matar a su padre tótem y las relaciones sexuales con las mujeres del mismo tótem, que fue las dos acciones en las que incurrió Edipo rey, mato a su padre y se casó con su madre. Estos dos deseos, el incesto y la muerte al padre están reprimidos para que no conduzca a la neurosis.

Freud maneja la idea que la horda primitiva es donde surge los sistemas totémicos, pues en la horda los hijos matan al jefe, luego comen su cadáver para identificarse con él y obtener la fuerza del padre. Pero como el clan de hermanos también aman a su padre, al cometer el parricidio les viene el sentimiento de culpa. Y esta culpa por el parricidio, les hace imponer las dos prohibiciones totémicas: no matar al padre totémico y no cometer relaciones incestuosas con las mujeres de su clan.

En la horda también surge el tabú, que hace referencia a algo sagrado y prohibido por la misma norma. No surge de algo divino, sino que extraen de sí mismas su propia autoridad y carecen de fundamentos morales. Son conocidas porque obedece a un miedo de poder demoniaco, que con el tiempo pasa a un segundo plano y el tabú comienza a prohibir por costumbre y tradición.

Las restricciones tabúes expresan un conjunto de hechos psíquicos ambivalentes. En el inconsciente se presenta el deseo de violar el tabú, pero al mismo tiempo se teme hacerlo, por el castigo que representa. Las más antiguas prohibiciones tabúes son las del totemismo, no matar al padre y no tener relaciones incestuosas con los del mismo clan totémico. Como el tabú es algo que se prohíbe pero que a la vez se quiere hacer, el matar al padre y las relaciones incestuosas se muestran como las apetencias más grandes del hombre. En el inconsciente prevalece el intenso deseo de cometer estas dos acciones.

Freud (1912-1913) logra observar que el tabú parece estar presente en el psiquismo, guardando relación con la neurosis obsesiva. El neurótico obsesivo, al igual que en el tabú, se pone prohibiciones obsesivas que no emanan de ninguna autoridad exterior, carecen de

toda motivación y sus orígenes son desconocidos. Las prohibiciones en el neurótico obsesivo surgen de la nada y los mantiene en la angustia de no violarlas.

Sin importar los márgenes sociales, el neurótico obsesivo crea en su consciencia sus propias prohibiciones, siendo tan fuerte la idea que si las viola, tendrá un castigo o sufrirá una terrible desgracia. Aunque en la sociedad no esté establecido tal castigo. Un enfermo obsesivo posee presentimientos que, si viola las prohibiciones creadas por él, puede ocurrir una adversidad.

El neurótico obsesivo se aísla de todos, y evita el contacto con los demás. Manejan la idea que el contacto con el mundo externo les trae peligros e incluso contagios. Creando su propio mundo lejos del externo, realizando su propio código de restricciones y prohibiciones, que resultan incomprensibles. Estos códigos creados por el enfermo poseen actos de arrepentimiento, de defensa, expiación y purificación (Freud, 1912-1913).

Pero aun con las prohibiciones y restricciones el deseo de algo que consideran prohibido subsiste en el inconsciente, así como en el tabú. Experimentan el deseo de realizar el acto indebido, según sus normas y prohibiciones internas, pero se abstienen de hacerlo por el horror que les inspira realizarlo. “la prohibición es claramente consciente, la tendencia prohibida, que perdura insatisfecha, es por completo inconsciente y el sujeto la desconoce en absoluto” Freud, Sigmund. (1912-1913). *Tótem y Tabú*. Roma, Italia. (Freud, *Tótem y Tabú*, 1912-1913, pág. 32).

El factor decisivo en la evolución de la neurosis es la represión que se impone en la etapa infantil. “A consecuencia de esta represión, que se muestra enlazada con un proceso de olvido (amnesia), permanece ignorada la motivación de la prohibición devenida consciente, y todas las tentativas encaminadas a descubrirla tienen necesariamente que fracasar, faltas de un

punto de apoyo en el que basarse” Freud, Sigmund. (1912-1913). Tótem y Tabú. Roma, Italia. (Freud, Totem y Tabú, 1912-1913, pág. 33).

La prohibición según Freud debe su carácter obsesivo a sus relaciones con el inconsciente donde el deseo oculto se encuentra insatisfecho y necesita su realización, pero es ignorada por la conciencia. El deseo inconsciente busca alejarse de la prohibición, y se desplaza hacia nuevos fines, pero la prohibición se desplaza y recae sobre todos los fines elegidos por el deseo, no dejando que escape de él. A cada avance que intenta la libido reprimida, la prohibición impone nuevas restricciones. No permitiendo que el deseo de la libido sea factible.

En síntesis, podemos observar como Freud logra ver las semejanzas entre las tribus primitivas de Australia, que se pensaba tenían un modo primitivo diferente y a parte del resto del mundo, con nuestra cultura. Para Freud estas tribus no estaban alejadas de la realidad cultural, prueba de ello es que, poseen cierta similitud con la forma de vida en sociedad. Poseen normas que en la cultura están vigentes. Además, incorporan tabúes similares a los presentes en la cultura.

Las dos prohibiciones reinas del totemismo de las tribus de Australia, las podemos encontrar en nuestra cultura. De hecho, en nuestra sociedad pensar en darle muerte al padre o a cualquier persona que pertenezca a nuestra sociedad, es catalogado como atroz e inmoral, castigado con la cárcel, donde el implicado debe expiar sus culpas. Algo similar ocurre con la norma de la monogamia, en nuestra sociedad pensar si quiera en tener relaciones con nuestra madre, padre o hermanas, es inmoral, aunque no lleva al mismo castigo que matar, si es visto como un acto repugnante. Lo que prueba que nos regimos con normas muy similares a las de las tribus australianas, aunque se pensaba que vivían a parte del mundo.

Freud va más allá y no solo encuentra similitudes de las tribus australianas con nuestro imperativo categórico, también con el sistema psíquico. El tabú, propio de las tribus primitivas de Australia, guarda relación con la neurosis obsesiva de nuestra época actual. Las restricciones opuestas por el tabú y el neurótico obsesivo emanan de la misma forma misteriosa, y se mantienen en la vida del hombre, psíquica y social, como un código que no se puede violar.

El neurótico obsesivo cree que las restricciones impuestas por el mismo son racionales, aunque en realidad no lo son. Más bien tienen un carácter irracional y carente de toda lógica, sin embargo, son obedecidas por el enfermo por el miedo que le produce violar las prohibiciones. Aunque el deseo permanece en el inconsciente buscando su salida hacia lo consciente, lo que provoca la angustia del neurótico. El deseo de debate entre los dos ámbitos de la psique, tratando de salir del inconsciente y poder emerger a la conciencia, lo que provoca la neurosis del enfermo.

## **1,2. Los dos ámbitos de la psique.**

Ya hemos visto los yacimientos de la cultura para la protección contra la naturaleza, y las prohibiciones que impone por medio de la hipótesis expuesta por Freud sobre la horda primitiva, sus restricciones, tótems y tabúes para no violar las normas. También la similitud que guarda el tabú con la neurosis obsesiva, donde el enfermo se impone restricciones para que los deseos que considera prohibidos no emanen a lo consciente, y lucha contra sí mismo para mantenerlos en el inconsciente.

Abordaremos ahora estos dos procesos psíquicos que tienen lugar en el hombre según Freud, “inconsciente y consciente”. Pero no desde la mirada de la neurosis, sino desde la represión,

para señalar como, con el surgimiento del principio de realidad y su agente el super-yo, la parte inconsciente perteneciente al principio del placer ha sido mermada y reprimida.

Sigmund Freud manifiesta que el individuo se enfrenta a dos ámbitos poderosos opuestos que buscan el mandato dentro de la psique, las cuales poseen dimensiones genéticas e históricas, que abarcan una serie de procesos mentales diferentes, una es la reprimida y la otra la represora. La parte reprimida es el inconsciente y la parte represora es la consciencia. El inconsciente, se encarga de los procesos primarios, es decir, del principio del placer que es innato del hombre y rige las operaciones del aparato psíquico desde su mismo origen.

En la metapsicología de Freud, el representante del principio del placer es el “id”, dentro del cual se encuentran los instintos sexuales libidinosos y los instintos de placer más bajos y sádicos. Esta instancia psíquica no se rige por ningún valor ni norma. Por el contrario, no conoce restricciones ni valores, se rige solo por el placer sin importar sus consecuencias. El fin único de esta instancia es lograr el placer.

El “id” Es atemporal y no conoce límites. Es capaz de efectuar los deseos del hombre sin importar en las consecuencias destructoras, por ejemplo, un deseo sexual donde se somete sin su consentimiento a una persona es sin duda alguna placentero para quien posee el deseo, pero dañino para el sometido, ya que estaría violando su integridad. No se puede negar el carácter liberador de este principio, pues el deseo realizado, por muy cruel que sea, al consumarse de manera inconsciente, libera al individuo de muchas presiones, sin que sienta ningún remordimiento. Se muestra su lado positivo al llenar de placer al sujeto, y su carácter negativo, al momento que destruye la integridad y dignidad de un tercero.

El segundo ámbito de la estructura psíquica es la consciencia, y es la que se manifiesta en el mundo exterior. En ella predomina las leyes de la lógica y la temporalidad. Dentro de lo consciente se encuentra el principio de realidad, que permite la adaptación a las circunstancias del mundo, y posterga los deseos que no pueden llevarse a cabo en el aquí y ahora. Enseñando a renunciar, reprimir y sublimar los instintos que puedan ocasionar destrucción en la cultura, es decir, los instintos inconscientes que pertenecen al principio del placer.

La instancia psíquica que pertenece al principio de realidad es el “superyó”. Es uno de los factores culturales psicológicos más valiosos. Es la conciencia moral, la encargada de introducir en el hombre los valores, normas morales y las restricciones sociales. Esta instancia no es innata del hombre, sino que es impuesta por la sociedad como regulador de los instintos del “id” que afectan a la sociedad. “El súper-yo es una instancia psíquica inferida por nosotros; la conciencia es una de las funciones que le atribuimos, junto a otras; está destinada a vigilar los actos y las intenciones del yo, juzgándolos y ejerciendo una actividad censoria” (Sigmund, El malestar en la cultura, 1939-1930, pág. 78).

Es una forma de frenar las exigencias del “id” hacia el “ego”, para que el ego se guíe bajo su mandado y no bajo el mandato del “id”, y así poder regular las relaciones humanas y mantener la unión. El “ego” es la instancia psíquica que se encuentra en medio del “id” y del “super-yo”, y se encarga de mediar entre estas dos instancias rigiéndose por el principio de realidad. La importancia del ego Freud la describe de la siguiente manera:

La importancia funcional del yo reside en el hecho de regir normalmente los accesos a la motilidad. Podemos, pues, compararlo en su relación con el ello, al jinete que rige y

refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva esto a cabo con sus propias energías, y el yo, con energías prestadas. Pero, así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir a donde su cabalgadura quiere, también el yo se nos muestra forzado en ocasiones a transformar en acción la voluntad del ello, como si fuera la suya propia. (Sigmund, el yo y el ello, pág. 10)

El “superyó” es sin duda alguna el arma más fuerte que posee el principio de realidad dentro del individuo. Un guardaespaldas poderoso que reprime las pulsiones del “id”. El superyó obliga al “ego” a la renuncia de la satisfacción del “id”, renuncia que punge al principio del placer. “Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone, y aun estaríamos por afirmar que el plan de la «Creación» no incluye el propósito de que el hombre sea «feliz” (Sigmund, El malestar en la cultura, 1929-1930, pág. 16). La felicidad para Freud deviene de la satisfacción de los instintos que son pugnados, por eso manifiesta que la felicidad es de grado irrealizable. Lo que procura el malestar individuo-cultura.

A pesar del malestar individuo-cultura, la renuncia a la realización del “id” se hace necesaria para mantener la unión de la humanidad mediante relaciones inhibidas. Oponiendo al principio del placer restricciones, con el fin que los instintos innatos del hombre, el “id”, no perjudiquen la estabilidad que el principio de realidad crea. Estabilidad que se basa en la renuncia de los instintos, y que demanda la sublimación de la energía instintiva hacia otras actividades. En la cuales no existe un placer inmediato, sino más bien un placer retrasado, desviado de su fin.

Las restricciones opuestas por el principio de realidad hacia el principio del placer muestran el antagonismo que existe entre estos dos principios. Entre cultura e individuo, ya que el

principio de realidad obedece a parámetros sociales y el principio del placer obedece a la satisfacción de los instintos del “id”. Satisfacción que, al ser reprimido el principio del placer, se muestra irrealizable, lo que conlleva a la infelicidad del hombre, pues para Freud la felicidad deviene de la satisfacción de los instintos primitivos.

La represión expuesta por el principio de realidad, con la ayuda de su agente más fuerte el “superyó”, juega un papel fundamental en la no realización del “id”, pues reprime la representación del deseo instintivo, con el fin que este no salga a la superficie. Es decir, la represión se encarga de mantener a los instintos que no están permitidas por la consciencia y la sociedad, en lo más profundo de la psique del hombre, en el inconsciente.

La intención de la represión no es eliminar la representación de la pulsión instintiva del “id”, sino de mantenerla en el interior de lo inconsciente, y así no emerja a lo consciente. Pero esta dinámica de censurar algunas pulsiones por considerarse no aptas para el individuo, realiza un desgaste de energía extra, ya que la consciencia debe mantener esas pulsiones en el inconsciente, lo que demanda energía constante que puede ser utilizada en otras actividades.

La sublimación es otra herramienta que utiliza el principio de realidad. Consiste en darle un nuevo fin a la pulsión que sea socialmente aceptable y no produzca ningún daño. A diferencia de la represión, con la sublimación si se canaliza el deseo, y aunque, se desvía el placer de su fin primario, se logra un tipo de gratificación que va acorde con los requisitos de la cultura, aunque no acorde del fin primario de la pulsión.

En el caso de una pulsión sexual lo que hace la sublimación es desviarla hacia un acto no sexual, quitándole el libido para crear objetos positivos para la sociedad. Se trata de quitarle al deseo sexual el libido para crear relaciones inhibidas como la amistad, donde no existe un

apetito sexual, sino más bien una unión de cariño, existe amor, pero no un amor genital. Este amor no genital que promueve la sociedad es consecuente a la forma de amor exogámica creada por ella, sin embargo, es contrario al amor sexual que unifica a las personas, y que exige según Freud exclusividad.

Expuesto el concepto de represión y sublimación, podemos observar que el principio de realidad posee un lado positivo, dada su contribución a la creación de dimensiones, como, por ejemplo, el arte, gracias a la sublimación, y la formación del proceso de vida en sociedad. Algo que no existe antes de la civilización, donde los hombres viven en estado de naturaleza, aislado unos de los otros. Es decir, la creación social muestra un antes y un después en la vida del hombre, ya que se pasa de un estado primitivo a un estado de derechos y deberes. Pero con la llegada de la civilización también vienen los problemas en el aparato psíquico del individuo. Podemos observar la existencia del conflicto mental dentro del aparato psíquico, en el cual el “superyó” se opone a la ejecución del “id”.

Un conflicto que conlleva a una guerra permanente entre estas dos instancias. Aunque el principio de adaptación al mundo, por medio del “super-yo”, lleve la ventaja y parece dominar en el individuo, no ha ganado íntegramente la partida, pues necesita estar constantemente reestableciéndose para que los instintos primarios no ganen fuerzas. Esto muestra que su conquista no es absoluta, y siente temor por los instintos innatos del hombre, los cuales, aunque han sido reprimidos en la parte inconsciente, no han sido destruidos.

Después de haber estudiado los ámbitos de la psique humana, Freud se encuentra que, en la parte del “ego” existe una parte inconsciente, aunque en un principio se distinguía de este. Tomando el “ego” parte de lo inconsciente, lo cual Freud llamo preconsciente. Este ámbito

para Freud (1923) se da porque lo consciente no puede ser de esa forma para siempre, es decir, los estados conscientes no siempre son conscientes, sino que lo son de manera temporal.

El preconscious sería entonces la parte del inconsciente que es susceptible de conciencia. Freud manifiesta que algo viene preconscious por la conexión con las correspondientes representaciones- palabra. “Estas representaciones-palabra son restos mnémicos; una vez fueron percepciones y, como todos los restos mnémicos, pueden devenir de nuevo conscientes” (Freud S., yo y el ello, 1923, pág. 22).

El preconscious está muy cerca del ámbito consciente, lo que ayuda a que los contenidos que se encuentran en él, lleguen a la conciencia, ya que los contenidos preconscious solo han sido olvidados de manera transitoria. Los contenidos de este ámbito se encuentran olvidados voluntariamente, pero pueden llegar a la conciencia por los sueños, actos fallidos, regresión, etc. Por ejemplo, cuando un orador está exponiendo su discurso ante un público y quiere decir algo respecto al tema que está tocando, pero termina diciendo otra palabra que no está bien decir en el momento. Demostrando que piensa en algo diferente a lo que quiere decir. Freud dice que esta situación es “un acto fallido”.

Estos deslices verbales pueden revelar impulsos prohibidos como un deseo sexual que deviene a la conciencia. Mostrando así, que las representaciones de los deseos pueden devenir a lo consciente. Sucede también, por ejemplo, cuando queremos recordar que comimos el domingo en la cena familiar, y realizamos el proceso de la regresión, para recordar lo que se quiere traer a la conciencia, recordamos entonces, gracias a este proceso, que el domingo en la cena familiar comimos pastas. Este contenido no estaba consciente en el momento, pero

se trajo a la consciencia, debido a que estaba transitoriamente olvidado, lo que prueba que existen contenidos inconscientes que pueden salir a la consciencia.

Luego de haber analizado los ámbitos de la psique, nos encontramos que en el aparato mental existe una represión primaria de los instintos, represión que realiza la conciencia por medio del principio de realidad y su instancia el super-yo. Los deseos del inconsciente son reprimidos para que no salgan a lo consciente. Deseos que la sociedad ha vetado por creerlos nocivos, ya que dentro de ellos se encuentran los instintos agresivos que ponen en peligro a la sociedad. Los instintos de agresión pueden destruir todo su alrededor, incluso al mismo individuo que los posee, y pueden llevar a la muerte.

El hombre dice Freud, no solo posee instintos de vida, sino también instintos destructivos, a los cuales la sociedad se opone, para que no acaben con la estabilidad alcanzada por ella. Utilizando a Eros como unificador, para que luche contra los instintos de muerte que la amenazan. Eros entonces, juega a favor de la unión social, para que la cultura mantenga los lazos de unión que ha construido. Pero existe un oponente, Tanatos, que juega un papel diferente a Eros, y por el cual, la cultura corre riesgo.

### **1.3. El papel de Eros y Tanatos en la cultura.**

Freud logra observar como en el instinto sexual existe un componente sádico, el cual conduce a dañar el objeto del deseo. Manifestando que, dentro de Eros, emerge un componente dañino. Freud (como se citó en, psicología social de la agresión, de Juan Muñoz) afirma que:

La sexualidad de la mayor parte de los hombres muestra una mezcla de agresión, de tendencia a dominar, cuya significación biológica estará quizá en la necesidad de vencer

la resistencia del objeto sexual de un modo distinto a por los actos de cortejo. El sadismo corresponderá entonces a un componente agresivo del instinto sexual, exagerado, devenido independiente y colocado en primer término por medio de un desplazamiento". (FREUD, 1905, p.1185) Justicia, J.M. (s.f.). psicología social de la agresión: análisis teórico y experimental. Barcelona. Pág.11

Es así como Freud logra ver la existencia de un instinto de vida que une, y un instinto de muerte que puede actuar silenciosamente dentro del individuo, y lleva a la destrucción de este o del mundo externo. Entre estos dos instintos, la cultura se debate, manifestando que la civilización es la lucha por la supervivencia. Una contraposición entre Eros y Tanatos. Eros tiene un carácter unificador, que mantiene a los individuos en comunidad por la fuerza del amor. Es la principal benefactora para que la sociedad mantenga los lazos contruidos.

Por su lado Tanatos es la representante de las tendencias agresivas que son el mayor obstáculo con que tropieza la cultura, estas tendencias nacen con el hombre y los llevan a agredirse y odiarse mutuamente, a inclinarse hacia lo malo. Freud no ve al hombre como un ser tierno y bueno, sino como el poseedor de los instintos agresivos que lo llevan a confrontación y conflicto violento con los otros.

Ante esta fijación que tienen los individuos a agredirse, la cultura impone mecanismos, para contener la fuerza de los instintos. Algunos de estos mecanismos son, la amistad, las restricciones sociales y los preceptos morales. Por ejemplo, uno de los preceptos morales para canalizar la agresión es el mandato "amaras a tu prójimo como a ti mismo". Precepto poco factible de llevar a cabo para Freud, debido a que el individuo no es un ser lleno de luz

y amor capaz de repartirlo a todos los demás, por el contrario, es un ser lleno de agresión y odio que quisiera satisfacer en su prójimo.

Al individuo se le hace más posible la idea de someter al otro y agredirle que de amarlo, y más aún cuando esa agresión le pueda deparar la obtención de una beneficio o recompensa. “El hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que solo osará defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad” (Sigmund, El malestar en la cultura, 1929-1930, pág.51).

La idea de repartir amor a todo el prójimo por igual no es factible. La cultura al incorporar la monogamia como forma legítima de amor sexual, ha terminado por restringir el amor a los vínculos libidinales que se dan entre dos personas, mostrando que el amor hacia todo el prójimo no es posible. De hecho, la misma constitución psíquica de los individuos en su infancia, requiere la exclusividad de amor, y solo es dado a las personas que tengan cierto vínculo afectivos, como a la familia.

Además, el infante en sus primeras etapas desarrolla una conducta narcisista centrada en su yo. Donde no importa el mundo externo, solo su yo es importante. Mostrando que la relación con el mundo externo más allá de papá y mamá es un hecho traumático para el infante. Esto explica la dificultad para que el amor se extienda más allá de los vínculos entre los padres y los hijos, pues existe un celo que inicia con el narcisismo, que está presente en el propio complejo de Edipo.

El vínculo con el otro es difícil desde la niñez y lo sigue siendo en la etapa adulta. El otro es fuente de desconfianza, al mostrarse como extraño, como un intruso capaz de herir o matarle

en cuanto le sea posible. Si de algo ha de servirle el otro, es como alguien en quien se puede descargar la agresividad. De ahí se deriva la hostilidad con los demás, al saber que el otro, así como uno, es poseedor de los instintos agresivos, y que no vacilara en hacerme un daño en cuanto le sea posible, ya sea por utilidad o simple satisfacción. El otro es fuente de desconfianza, lo que prueba que el individuo ha experimentado en primera persona pulsiones agresivas y sexuales donde anhela el sometimiento del otro y siente temor que este tenga estos mismos sentimientos hacia su persona.

La misma historia prueba los horrores cometidos por el hombre en las múltiples guerras, que demuestran que posee pulsiones destructoras innatas. En respuesta a estas pulsiones, la cultura crea preceptos que cohesionan a los individuos por la fuerza de Eros. Este es el motivo por el que la cultura coarta las pulsiones sexuales, para que el individuo construya relaciones inhibidas donde se identifique con el otro. Pero al imponerle sacrificios tan difíciles a los instintos agresivos y sexuales, hace más grande la brecha entre el individuo y su felicidad.

Pero no solo la identificación con el otro lo que lleva a la represión de los instintos, Freud dice que la represión instintiva es reforzada por un factor presente desde siempre, la escasez, que obliga al hombre a reprimir sus instintos y luchar por su existencia. El hombre para Freud, surge en un ambiente con medios escasos para sobrevivir, por tal motivo, se ve obligado a reprimir sus instintos y utilizar la energía en el trabajo, restándole a la economía libidinal.

Freud (1929-1930) refiere que esta lucha del hombre por la supervivencia es eterna, y así mismo eterna la represión. Mostrado como la cultura está unida a la barbarie. La escasez de los recursos conlleva a la confrontación entre los individuos, tribus, naciones etc. Freud llama

a esto el narcisismo de las pequeñas diferencias. El hombre ve en otro a su aliado o su enemigo, y saca su agresión contra los que no comparten sus mismos intereses.

La escasez lleva a la confrontación con el otro, pues los recursos existentes en el medio son insuficientes para satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. El hombre lucha por sobrevivir dentro de una sociedad que no alcanza a abastecer las necesidades de todos, en la cual se debe competir por los recursos. Competencia que lleva al conflicto violento donde se exterioriza toda la agresividad contenida en las pulsiones agresivas.

#### **1.4. La importancia del super yo dentro de la cultura.**

El hombre como lo ha mostrado Freud posee instintos innatos agresivos, que son el obstáculo más fuerte al que se enfrenta la cultura. Estos instintos llevan a la destrucción del mismo hombre. Los instintos agresivos se muestran como la representación de la muerte, mientras que eros se muestra como el instinto de la vida. Siendo más propenso el individuo a desarrollar la agresión por la fuerza que tienen estos instintos, ya sea por los conflictos que se derivan por la escasez de recursos del medio, la lucha por el poder y la competencia existente entre los hombres.

El hombre dirige hacia el exterior las pulsiones de agresión que emergen de su interior. El trabajo de la cultura es dirigir ese instinto agresivo hacia el propio interior del hombre a través de la represión que genera entre el sentimiento de culpa y la configuración de la conciencia moral. La cultura domina la agresividad del individuo a través de la instancia psíquica que Freud denomina como el "super-yo". La cultura, para no dejar salir hacia afuera la agresividad, utiliza esta instancia moral, que introyecta la agresión que el "ego" habría satisfecho en individuos extraños a él, volcándola hacia sí mismo, como manera de castigo.

De esta manera se logra mantener el estatus quo, y calmar la agresividad que el hombre había saciado hacia el exterior.

La cultura con la ayuda del superyó mantiene el orden y el poder, debilitando a las pulsiones al instaurar este poderoso agente. Logrando ya sea por la represión o por la sublimación de las energías agresivas que se orientan ahora especialmente a las tareas del trabajo, la actividad física y todas aquellas labores que requieren de esfuerzo y exigencia de destrezas y habilidades psicomotrices.

La consciencia moral, el super-yo, es instaurada desde las primeras instituciones en el infante, desde la familia y la institución educativa del colegio. Enseñando a reemplazar el principio del placer que lleva al hombre a desencadenar sus placeres más bajos, por el principio de realidad capaz de mantener la estructura social. Castigando cuando se requiera severamente al pecaminoso “ego” por accionar o pensar haciendo caso al “id”. La tensión entre el “super-yo” vigilante y severo, y el “ego” débil, es latente en la medida en que el “super-yo” busca imponer su voluntad con tan dura severidad, que lleva a que surja el sentimiento de culpabilidad que se manifiesta bajo la forma de castigo. Freud lo conceptualiza así:

El sentimiento de culpabilidad -la severidad del super-yo equivale, pues, al rigor de la conciencia; es la percepción que tiene el yo de esta vigilancia que se le impone, es su apreciación de las tensiones entre sus propias tendencias y las exigencias del super-yo; por fin, la angustia subyacente a todas estas relaciones, el miedo a esta instancia crítica, o sea, la necesidad de castigo, es una manifestación instintiva del yo que se ha tornado masoquista bajo la influencia del super-yo sádico; en otros términos, es una parte del

impulso a la destrucción interna que posee el yo y que utiliza para establecer un vínculo erótico con el super-yo. (Sigmund, El malestar en la cultura, 1929-1930)

El sentimiento de culpabilidad posee un origen arcaico. El origen arcaico es el pecado original, el parricidio cometido por los hijos hacia su padre en la horda primitiva que Freud propone hipotéticamente, y esta culpa se pasa de generación en generación como una herencia arcaica. En este sentido, el sentimiento de culpabilidad está en la vida del hombre desde la misma creación cultural, que tuvo su auge en la horda primitiva. Y está unido al complejo de Edipo por haber matado al padre y realizar la acción de incesto.

Pero también posee dos orígenes que tienen auge en la cultura y en el aparato psíquico del hombre. El primero de ellos es el miedo a la autoridad exterior: el “ego” siente temor por el castigo impuesto por las leyes sociales, se restringe de actuar de manera contraria a ellas, porque pone en riesgo su estabilidad dentro de la cultura. Su lugar estaría en peligro, debido a que la cultura posee leyes muy severas contra quienes van en su contra. Es por eso, por lo que el hombre prefiere mantener su comportamiento dentro de los márgenes culturales y seguir los parámetros impuestos.

Además, el individuo de alguna manera se siente a gusto y protegido en la sociedad que se muestra como la representación actual del padre. Ya que la sociedad impone las restricciones que hay que cumplir y le provee lo “necesario” para mantener el bienestar. Protege y castiga, como el padre tótems. Igualmente, brinda bienes materiales que produce un estado de bienestar. La sociedad ocupa el lugar del padre totémico, por eso el individuo se subordina ante ella para no perder el amor de su “padre protector y amoroso” que procura su bienestar.

El miedo a la autoridad lleva al individuo a ocultar el mal comportamiento, realizando algo malo que les cause ventaja siempre y cuando la autoridad exterior no se percate de lo cometido, manifestando que sienten temor solo al ser sorprendidos, más no a realizar lo malo. Por ejemplo, un hombre que tiene relaciones sexuales con la mujer de su amigo no siente temor a realizar la acción en sí misma, sino hacer sorprendido por su amigo, ya que perdería su amistad y en algunas culturas puede ser castigado con la muerte. El miedo a la autoridad no es miedo a realizar una acción, más bien a que esta acción conlleve a un castigo social.

El segundo origen es por temor el super-yo que hace sentir culpable al “ego” por pensar en acciones que están restringidas. Ya no solo se vigila al “ego” desde afuera por medio de las leyes, sino que la vigilancia de los que dominan ha ido más allá, internando en el individuo al “super-yo” que es capaz de castigar al “ego” de la manera más severa, haciendo que surja en él, el sentimiento de culpabilidad por haber pensado o deseado regido por el “id”.

Por ejemplo, el individuo que piensa y realiza un acto malo prohibido se enfrenta a un castigo externo por parte de la sociedad, pero también interno por medio del super-yo, que hace sentir culpable al individuo por tener pensamientos que no están permitidos, el super yo con su moralidad castiga este pensamiento inmoral, causando en el sujeto remordimiento por pensar de manera prohibida.

Incluso así el individuo no lleve a cabo el acto malo prohibido, pero piensa en dicha acción, es castigado. Lo que muestra que ya no solo se castiga por la acción, sino que además se castiga por pensar de manera incorrecta según los criterios culturales. Lo más sorprendente, y que parece ser contradictorio, es que, cuanto más virtuoso sea el individuo, más es juzgado por la conciencia moral.

De este modo, parece que la virtud pierde su recompensa, y considera que las fuerzas hechas por hacer el bien son en vano, pues al individuo se le impondrán mayores cargas. El ser virtuoso en últimas más que algo bueno, parece un castigo. Esto se explica remontándonos a la etapa infantil primitiva de la conciencia, solo que ahora el papel del padre es ocupado por el destino, que nos da golpes y nos hace experimentar sufrimientos cuando ya no somos amados ni envueltos por su capa protectora. Bajo esta situación, el individuo decide someterse bajo el yugo del destino introyectado en el super-yo, por necesidad de no perder el amor de su protector.

La represión que la cultura realiza sobre los instintos sexuales no solo conlleva a la culpa, sino que termina por fortalecer los instintos de muerte, poniendo en peligro la estabilidad humana. Los instintos de muerte muestran sus características como tendencia agresiva que amenaza con destruir la civilización, volcando al hombre a agredir al otro de forma sádica, de herirle y matarle cuando le sea posible antes que el otro acabe con él.

La civilización parece estar unida a la barbarie, los individuos por la frustración y encierro que sienten, crean una anti-civilización que amenaza con destruir la sociedad. Entre más sometidos y dominados están, crece más en ellos la furia irracional contra la civilización, manifestando que, así como la cultura crea lazos de unión para vivir en sociedad, así mismo también crea disolución que amenaza con su destrucción. Nace así el malestar individuo-cultura, pues mientras el hombre busca su realización individual, la cultura abstrae este deseo y crea lazos que unifiquen a la humanidad, mostrando el antagonismo entre felicidad y cultura.

Cosecha la civilización lo que siembra, al momento en que la represión que ejerce sobre el hombre se vuelca contra ella misma. Construye un monstruo que ahora amenaza con quitar la estabilidad que tanto protege. La civilización ante este monstruo, coloca como oponente el super-yo, que para eliminar a su adversario le hace volcar su agresión contra el mismo, como una manera de proteger el mundo exterior, pero esta jugada victoriosa muestra sus contradicciones, ya que al volcar toda la agresión contra el “ego” procura la destrucción, pues la insostenibilidad de la culpa y la agresión hacia sí mismo lo lleva a su destrucción.

La cultura se convierte entonces en fuente de sufrimiento para el hombre, a pesar de haber surgido para protegerlo de la destrucción que puede ocasionarle la naturaleza, ahora es ella quien le produce agobio y dolor. El hombre siente hostilidad hacia la cultura por las prohibiciones que realiza hacia sus instintos. Pero aun con las prohibiciones que realiza, Freud manifiesta que pensar en su abolición es una ingratitud. Pues sin la cultura el hombre tiende a las fuerzas destructoras naturales.

La naturaleza no impone limitaciones a los instintos, pero tiene su forma de limitar al hombre. Lo suprime de forma dolorosa con sus catástrofes, produce inundaciones, terremotos, avalanchas etc. Que produce la muerte. Antes este peligro de la naturaleza es que surge la cultura. Pero la cultura también le produce al hombre sufrimientos, mostrándole que no podrá encontrar su realización en este mundo. Por esto el individuo trata de buscar otros caminos que lo protejan del sufrimiento, vías incluso, ilusorias como las del porvenir que le promete la religión.

Ante el desamparo en el que se encuentra el hombre se refugia en los dioses, los cuales cumplen la función de espantar los terrores de la naturaleza, conciliar al hombre con la

crueldad del destino y compensarle por los dolores que la civilización le impone. Pero pronto el hombre se da cuenta de las limitaciones que tienen los dioses para su sufrimiento en este mundo. Señalando que la realización del hombre deviene con la muerte. La muerte ya no es un aniquilamiento humano, sino el principio de una nueva existencia, a una evolución superior. Donde todo lo malo encuentra su castigo y todo lo bueno su recompensa.

Este nuevo mundo que permite la realización y la felicidad del hombre ya no se encuentra en la vida, sino en existencias ulteriores que comienzan después de la muerte. Todos los terrores y sufrimientos de la vida desaparecerán “la vida de ultratumba, que continua nuestra vida terrenal como la parte invisible del espectro solar, continua la visible, trae consigo toda la perfección que aquí hemos echado de menos” (Freud S, El porvenir de una ilusión, 1927, pág. 10).

Un mundo perfecto y divino lleno de la suprema sabiduría, bondad y justicia que Dios posee. Un Dios que personifica a un padre, retomando la relación del infante con su padre en las primeras etapas del infante. Solo que ahora el padre es un ser divino que busca cuidar y proteger a sus hijos. Un ser perfecto que viene a cubrir las imperfecciones de la civilización, mostrando una salida metafísica a la felicidad del individuo.

Un ser divino que al igual que en la relación del padre con el infante, se le teme y a la vez se le ama. Expresando la ambivalencia de sentimientos en la relación con el padre, que es la misma ambivalencia en relación con Dios. A la vez que el hombre siente temor por sus castigos, también siente amor. Aludiendo la necesidad que tiene el hombre de un padre protector, al igual que en la etapa infantil. Necesita la protección de un Dios- padre porque se siente indefenso ante el mundo.

Freud procura la significación de las representaciones religiosas, manifestando que son “principios y afirmaciones sobre hechos y relaciones de la realidad exterior (o interior) en lo que se sostiene algo que hemos hallado por nosotros mismos y que aspiran a hacer aceptado como ciertos” (Freud S, El porvenir de una ilusión, 1927, pág. 13). Estos principios ilustran sobre lo más importante de la vida, y quien no conozca sobre ellos será visto como ignorante, y quien los conozca y los cumpla será enriquecido.

Freud (1927) expresa que las representaciones religiosas se fundan en tres respuestas muy particulares. La primera de ellas es que se deben aceptar como ciertas porque nuestros antepasados también las creyeron ciertas, segundo, se nos dirá sobre la existencia de pruebas que han sido transmitidas por generaciones anteriores, y tercero, se nos dice que está prohibido dudar sobre estos principios.

Estas tres respuestas Freud las estudia y concluye: porque debemos creer lo que creían nuestros antepasados, si se supone que eran más ignorantes que nosotros. Además, ningún principio puede demostrar la credibilidad de las representaciones religiosas. Igualmente, el hecho que se nos prohíba dudar de su credibilidad para Freud es muestra que la sociedad sabe muy bien de los pocos fundamentos que tienen estas representaciones (Freud, 1927).

Freud alude a que estas representaciones están basadas en ilusiones “el secreto de su fuerza está en las fuerzas de estos deseos”. (Freud S, El porvenir de una ilusión, 1927, pág. 16). De mitigar los peligros y dolores de la vida por medio de la bondad de la divina providencia. Pero carecen de lógica y hay algunos que pueden ser catalogados de delirios, debido a su insostenibilidad y falta de razón. Los deseos no son lo único que sostiene, también las

reminiscencias históricas, resultando así una acción conjunta entre el pasado y el porvenir, que presta a la religión gran poder.

La religión vendría hacer para Freud (1927) una neurosis obsesiva colectiva, y la explica de la siguiente manera. El hombre dentro de la evolución cultural pasa una etapa de neurosis, que se presenta por la incomprensión del infante de la interrupción de las exigencias instintivas, que carecen de valor útil en la vida ulterior, por tal motivo tienen que ser dominadas mediante la represión. Sumergiendo al infante en la angustia por la represión incomprendible de sus instintos. Aunque estas neurosis pueden quedar sepultadas en el desarrollo del infante o por medio del psicoanálisis.

Freud apunta a que una neurosis similar a esta se da en la colectividad humana. Es decir, una neurosis que ocupa la mayor parte de los hombres, y es la neurosis religiosa que al igual que en el infante también proviene del complejo de Edipo. Una neurosis que Freud propone se puede curar de la misma forma y con el mismo tratamiento que se trata la neurosis obsesiva individual.

A pesar de que la religión constituya una ilusión y para Freud sea similar a una neurosis obsesiva, es muy difícil imaginar una vida sin ella, ya que está arraigada en la vida del hombre, y parece estar unida a la cultura. Promoviendo no solo tapar los vacíos culturales, sino el desentendimiento de estos vacíos, debido a que estaríamos promoviendo una vida ultraterrena donde la satisfacción y la felicidad del hombre es posible. Donde la realización total se puede dar.

Pero esta ilusión de ser feliz en un mundo no terrenal que nos presentan las religiones lleva al individuo a la desilusión, pues nos manifiestan que no es posible la felicidad del hombre

en la tierra, que en este mundo solo tendrán sufrimiento y dolor. Tal vez como un modo de castigo impuesto por Dios, por haber cometido el pecado original y el que todos estamos obligados a pagar.

Esta idea religiosa posee connotaciones negativas, al momento en el que propone una despreocupación en los seres humanos de alcanzar un bienestar en la tierra. El individuo, si se guiara por estos preceptos, perdería la ilusión de buscar mejoras en su condición con aras a la felicidad. Una felicidad que para Freud es momentánea, que dependerá del momento de satisfacción de los instintos. Así mismo, Freud expresa que la religión no le permite al individuo desarrollar su juicio crítico, ya que le impone un camino uniforme por donde todos se deben guiar para alejarse del dolor y encontrar la felicidad.

Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre la fijación de un infantilismo psíquico y haciéndolo participar en un delirio colectivo. (Freud S, El malestar en la cultura, 1929-1930)

Aun con la escapatoria del hombre a un mundo fantástico de ultratumba promovido por la religión, no escapa del destino del mundo cultural en el que vive. Donde la realización de sus instintos está en pugna. Porque el mismo progreso cultural les exige la renuncia a sus instintos. Freud es pesimista en cuanto a la posibilidad del hombre de ser feliz dentro de la civilización, ya que esta demanda la represión, coartación y desviación de los instintos que son los dadores de felicidad.

La cultura juega en contra de la felicidad mientras continúa reprimiendo los instintos del hombre. Pero si la represión no se diera la cultura no existiera. Esto muestra la incompatibilidad de la felicidad dentro de la cultura. El problema para el hombre es la represión que la cultura le hace realizar para que se dé la unión humana. Ahora bien ¿esta represión juega aun el papel de mantener a los individuos unidos y protegidos de la naturaleza por medio de la creación cultural, o será que juega un papel diferente en representación de intereses económicos? Esto es algo que averiguaremos con el crítico de la sociedad Herbert Marcuse. Que nos mostrará una salida al problema de la realización del hombre dentro de la cultura, señalando con esto que el hombre no está condenado a la represión.

## Capítulo II

### **El conflicto entre Eros y civilización de Sigmund Freud a Herbert Marcuse.**

**¿Puede el individuo alcanzar el propósito de ser feliz dentro de una cultura que reprime sus instintos vitales, los cuales se hacen indispensables para la felicidad?**

Freud muestra su carácter pesimista frente que el hombre pueda alcanzar la felicidad dentro de la cultura. Y esto es así, porque la cultura o bien utiliza la energía de los instintos desviados hacia fines diferentes a su gratificación, o bien son rechazados y reprimidos negando la posibilidad de su gratificación. Esta represión es una condena para la energía libidinal del hombre, ya que la civilización le cierra las puertas del mundo externo por creerla nociva para la estructura social, y la sumerge en la parte del inconsciente para evitar su salida.

La energía de los instintos es sublimada y reprimida, quedando su energía inhibida, debido a que ahora se utiliza para trabajos de producción que no generan ningún placer erótico en el individuo, solo fatiga y extrañeza consigo mismo. La civilización mantiene la represión para crear lazos inhibidos y así mantener unidos en relaciones duraderas a los individuos. Pero esta condición causa insatisfacción en el hombre, que se traduce en infelicidad y desdicha.

Condición que para Freud es de naturaleza humana, por esto, cree que el hombre está condenado a la represión, condena de la cual no puede escapar, pues su historia y la de sus antepasados está antecedida por ella. El hombre vive y reproduce de generación en generación la represión que le impone la cultura.

La racionalidad cultural obliga a los instintos libidinales a la expiación, para poder dar paso a las relaciones inhibidas, con el fin de mantener la unión humana y a la civilización. Se hace

necesaria la represión para la unión cultural y humana, pero ¿Hasta qué punto la represión es viable y necesaria?, es decir, ¿Es aceptable todas las formas de represión para mantener la unidad del mundo? O ¿Se puede minorar la forma represiva de la civilización? Y si es así, no será más bien que ¿Más allá de la represión que la cultura ejerce sobre el individuo y que es necesaria para garantizar la existencia de la propia civilización, no existe acaso una forma de represión excedente que es promovida por el propio sistema social y económico?

A manera de refutación y ante el pesimismo pregonado por Freud, y siguiendo hasta cierto punto sus argumentos, el filósofo y teórico crítico de la sociedad Herbert Marcuse, analiza los postulados de Freud para luego contra argumentar y explicar su postura. Para Marcuse la idea que la naturaleza del hombre es la condena a la represión y por tanto a la infelicidad, no es absoluta ni mucho menos verdadera, el hombre no está condenado a la desdicha de manera natural, ni social, sino más bien, está condenada a la represión gracias a una estructura social en particular, y esto no está excepto del cambio.

La sociedad es la que genera la infelicidad al individuo y no cualquier sociedad sino una en específico, la sociedad construida bajo determinadas relaciones sociales, económicas y de poder, que con sus formas de control exacerbado producen un individuo infeliz, extraño de sí mismo, ya que no actúa acorde a su voluntad, sino por influencias externas. Las decisiones no son tomadas por el individuo autónomo sino por instituciones que operan en pro del sistema. Queda claro desde el inicio que la crítica de Marcuse es hacia la sociedad capitalista que aliena y domina al individuo de manera total, sofocando los instintos primitivos y las necesidades que son vitales para la gratificación.

Aunque Marcuse no desconoce la necesidad de sublimar y reprimir incluso, algunos componentes de la energía de los instintos que resulta fundamental para el desarrollo científico-técnico y artístico de la civilización y las relaciones armónicas de los seres humanos, si cree firmemente que las sociedades de dominio rebasan la represión necesaria. En estas sociedades se ha reforzado el principio de realidad, con métodos de represión excedente.

Para Marcuse el principio de realidad no ha sido el mismo en todas las épocas, en las sociedades actuales el principio de realidad se ha actualizado y puesto a disposición de una estructura social de dominación erigida sobre un aparato de producción que explota a nivel máximo las capacidades humanas, mientras cosifica y convierte en mercancía todas las dimensiones de las relaciones humanas. Lo que señala que el principio de realidad no es el mismo en épocas pasadas que en las actuales sociedades, demostrando el carácter histórico de este principio, para explicar cómo en la actualidad trabaja a favor de una sociedad de dominio.

A continuación, se analiza algunos conceptos expuestos por Herbert Marcuse, para mostrar de qué forma es posible construir una sociedad no represiva, que, haga posible la gratificación y el equilibrio de eros y tánatos, individuo y sociedad, principio del placer y principio de realidad.

### **2,1. Origen de la represión.**

Ontogénicamente la represión se repite en cada individuo y comienza con las experiencias temprana de la infancia. Filogenéticamente transcurre en la historia de la cultura desde su génesis y revive tras la repetición en cada generación del sentimiento de culpa por la muerte

del padre. Así, Freud argumenta que, en un principio dentro de la psique, los impulsos placenteros reinan dentro del hombre, el “id”. Éste se deja llevar por el placer inmediato sin importar las consecuencias, pues no conoce contradicciones ni valores, solo importa el aquí y ahora, la sensación de placer que podría experimentar. Una parte del id, que tiene influencias del mundo externo, se desarrolla progresivamente con el fin de mantener la conservación del individuo. Freud le da el nombre de “ego” y es el mediador entre el “id” y el mundo externo.

Muy pronto el reinado de las pulsiones placenteras se ve interrumpido por el nacimiento abrupto de un representante de la conciencia moral, el “super-yo”, que se da por la dependencia del infante hacia sus padres, y es el encargado de asimilar los influjos sociales y culturales, introyectando los valores de la cultura y los mandatos del padre. El super-yo, entra en conflicto con el id, mostrando que, el proceso de adaptación al mundo acarrea dolor y sufrimiento al individuo. El principio de realidad le expresa al hombre, que no hay lugar para el placer instantáneo, por ser destructivo, sino para un placer retardado pero seguro.

Logrando el principio de realidad, un triunfo ante el principio de placer, para que el “id” no emerja a la consciencia. Ya que su salida a la consciencia trae consigo la destrucción, pues el “id” no obedece ningún parámetro establecido, ni siquiera el de la auto conservación. De esta manera, al tener sumergido al “id” en la parte inconsciente de la psique, se logra mantener un equilibrio donde el individuo se conserva como masa viviente. En otras palabras, se logra la protección del individuo.

Este cambio dentro de la psique le genera al individuo consecuencias dolorosas. Pues el “id” pierde su energía al estar sumergido y vigilado. Se debilita causando afecciones graves, lo

que provoca que el individuo pierda el goce de sus pulsiones, mutilando una parte fundamental de la psique, lo que conlleva a la sensación de querer volver a la quietud total, al no lograr su realización pulsional.

El “super yo” se impone sobre el “id”, logrando que el “ego” se rija por su mandato. El “super yo” represor es el agente externo alojado en la consciencia, con el fin de que el hombre se acople a la realidad. Desde este momento el principio de realidad logra imponerse sobre el principio del placer, y consigue que el aparato mental se rija por sus postulados.

Esta es la represión primaria a la que está expuesta el hombre, que da un cambio total en el aparato mental, desde ese momento el mandato está en poder del “super yo” del principio de realidad. Pero no es la única represión que prevalece en el individuo según Freud, pues existe un tipo de represión que es introyectada en el interior como una herencia arcaica biológica, y se reproduce de generación en generación. Es una herencia cultural que señala como el hombre vive el destino universal de la humanidad.

Herencia que nos hace vivir valores, tabúes y costumbres pasadas. Que nació con lo que Freud (1912-1913) llama la horda primitiva. En la cual el clan de hermanos mato a su padre porque les negaba el objeto del placer, es decir, a las mujeres que solo tenía derecho el padre, causando que los hijos sufran la represión de sus instintos. Además, que los condenaba a una vida de trabajos penosos.

El clan de hermanos al matar a su padre experimenta una serie de sentimientos contradictorios “ambivalencia de los sentimientos”, que les hace sentir culpable por haber matado a su padre, que a la vez odiaban y amaban, naciendo el sentimiento de culpa, el pecado original. Para honrar la memoria de su padre, incorporan en su mandado los tabúes y

valores de la sociedad creada por el padre, y reproducen estos valores y tabúes a toda la comunidad.

Esta herencia se encuentra vigente en todas las generaciones de la civilización, y son incorporadas en el infante por las instituciones primarias a las que tiene acceso, por ejemplo, la familia. Marcuse manifiesta que esta hipótesis de la herencia arcaica que expresa Freud no está seguida de datos antropológicos y por eso carece de ser comprobada. Pero, sirve para mostrar simbólicamente como el hombre ha sido reprimido filogenéticamente de manera excesiva a lo largo de la historia.

Por medio de la herencia arcaica y la represión del “id” por parte del “super ego”, la civilización ha incorporado principios de dominio dentro del hombre. Sobrepasando los límites racionales para que se de la civilización, e incorporando refuerzos extras para mantener el dominio hacia una clase económica social baja y explotada, con el fin que, los que tienen el poder, la clase económica alta, se reafirme como clase privilegiada y dominante.

Uno de sus métodos para mantener el dominio es la escasez. Freud decía que los recursos eran insuficientes para satisfacer a todos los miembros de la sociedad, y el hombre tenía que competir con el otro por la supervivencia. Una lucha eterna, pues la escasez está presente en todos los tiempos. Marcuse realiza una crítica a esta idea freudiana, y ubica la escasez históricamente, pues no está de acuerdo con Freud en justificar la escasez en todos los tiempos.

Marcuse señala que no en todos los tiempos el principio del placer es el mismo, ubicándolo históricamente. En las sociedades industrialmente avanzadas se han creado las condiciones científico-técnicas para superar la escasez. Y, por tanto, si ello no sucede es porque

deliberadamente se busca mantener condiciones de represión. Ha sido incorporada y repartida por medio de un poder racional que mantiene la brecha de desigualdad social y exclusión en sociedades donde los hombres están divididos en clases sociales.

Las sociedades industriales avanzadas utilizan la escasez como un método para que el individuo se sienta obligado a realizar trabajos que favorecen principalmente intereses sociales de grupos minoritarios y específicos de la sociedad, relevando a un segundo plano la satisfacción de las necesidades y el bienestar de la mayoría de los miembros de la sociedad. La escasez que en un tiempo primitivo obligó al hombre a ocupar su tiempo en el trabajo, fue una necesidad real en un tiempo determinado de la historia. Pero a medida que la civilización evoluciona, la escasez pierde su grado de necesidad real y se convierte en un método para la represión. Es vista como una forma de mantener al hombre ocupado en la producción de una sociedad material.

El control del hombre sobre la naturaleza le da la pauta para superar la pobreza con un mínimo esfuerzo, por tanto, la existencia de la escasez no puede ser la excusa. La técnica muestra que tiene grandes potenciales para eliminar el hambre y la miseria a escala global, con un mínimo de esfuerzo y sacrificio dentro del trabajo. Sin embargo, aunque sea irracional su mantenimiento, se sigue afirmando para mantener la escasez y la necesidad sobre una clase explotada. La miseria y el hambre que padece una franja importante de la población mundial no se debe a la escasez de los recursos naturales, ni a las bajas capacidades materiales, sino a la forma desigual como están repartidos estos recursos, y la forma como se orienta y se prioriza los conocimientos y las capacidades intelectuales y materiales de la ciencia y la tecnología.

No es la naturaleza la que realiza la repartición desigual de los recursos, es el hombre quien se impone sobre el hombre. Es la clase económica privilegiada la que se impone sobre las masas. Necesita mantener la escasez justamente para afirmarse como clase privilegiada y para mantener la explotación sobre las masas. En este sentido, la represión, la explotación y la dominación es impuesta por una clase llena de riquezas hacia otra clase que mantienen en la escasez. Es una lucha de clases, donde una se impone sobre otra.

Si los recursos se reparten de manera equitativa, la brecha que existe entre clases desaparecería, o por lo menos disminuiría. Así cada individuo viviría una vida llena de bienestar, donde los instintos libidinales tuvieran mayor satisfacción, pues ya no se necesitaría su abolición y represión para la supervivencia, por tanto, los avances técnicos y las riquezas naturales demuestran que se puede tener una mejor calidad de vida: mayor satisfacción de las necesidades, mayor gratificación con menor esfuerzo y, por ende, más tiempo libre para dedicarse actividades creativas y placenteras.

Sin duda alguna la justificación de la escasez, cuando no existe realmente, juega un papel fundamental en la represión del individuo, el hombre en la lucha que la cultura le impone por la supervivencia, debe ocupar su tiempo en la producción, y relevar a un segundo plano los instintos placenteros del “id” que, necesitan ser llevados a su fin erótico. Pero, ¿Cómo mantienen al individuo ocupado en la producción sin que este se revele? A caso será que ¿La civilización excede la represión hacia el hombre para que se mantenga ocupado? Marcuse manifiesta que esta condición se da porque la civilización actualiza el principio de realidad y lo pone en favor de una estructura social dominante, además, utiliza más represión de la necesaria para que se de la civilización y la unión de la humanidad. Es decir, utiliza una

represión sobrante con el fin de mantener al hombre sometido hacia la estructura social de dominio.

Este concepto de represión sobrante lo introduce Marcuse para manifestar que las sociedades actuales han intensificado los controles, para que el hombre no escape en ningún momento de su poder. Incorporan represión de más, que no es necesaria para mantener la civilización, más bien es concebida como una manera de sometimiento del hombre. Necesita de la disposición total del hombre para la producción material y por eso lo controla.

## **2.2. Principio de actuación y represión excedente.**

Marcuse realiza una historización de los dos conceptos de la teoría freudiana. Tras esta historización que realiza en “Eros y civilización”, logra ir más allá de los postulados freudianos. Incorporando dos nuevos conceptos “principio de actuación y represión sobrante”. Que son los nombres que Marcuse le da al principio de realidad y a la represión. Estos dos conceptos son característicos de la sociedad industrial avanzada.

El principio de actuación es la forma actual e histórica que toma el principio de realidad. Está enmarcado en las filas del capitalismo y mantiene al individuo trabajando acorde a la realidad de la cultura de la dominación; La represión sobrante por su parte, es una represión que rebasa los límites necesarios para que se den las relaciones humanas y el mantenimiento de la civilización.

Es una represión enmarcada por la dominación, cuyo fin es mantener al hombre enajenado y produciendo, ya no para mantener el equilibrio en las relaciones humanas, sino con el fin de perpetrar el poder de los explotadores. “La represión sobrante es un principio económico que

se refiere a la cantidad de energía libidinosa que se desvía de sus fines, más allá de la estricta represión de los instintos necesaria para que exista la civilización” (Marcuse, Eros y Civilización, 1953, pág. 14).

La represión sobrante no se necesita para la existencia de la civilización, sino para mantener el poder absoluto sobre los explotados. El hombre no escapa de esta condición ni siquiera en su tiempo de ocio, que era el último recurso donde el principio del placer encontraba lugar, ahora todo su tiempo está bajo el dominio de los intereses del sistema.

La represión sobrante y el principio de actuación cosifican los instintos sexuales con el fin que el hombre se mantenga ocupado en la producción material y la sexualidad se reduzca a lo genital “Bajo las instancias de la producción en el capitalismo el individuo ha debido constreñir su sexualidad a la organización meramente genital, que concentra la libido a fin de potenciar el resto del cuerpo como un instrumento de trabajo” (Marcuse, Eros y Civilización, 1953, pág. 14).

Se sustrae al hombre sus zonas erógenas que nada tienen que ver con una sexualidad productiva y se coloca a fin del trabajo, la familia y de una sexualidad monogamia. Marcuse (1953) sostiene que para acabar con esta cosificación de la sexualidad que la reduce a lo genital, se requiere de una liberación sublimada de los instintos de eros, que permitan recuperar el carácter polimorfo de las pulsiones sexuales. Esta condición propia de la niñez, en la que el principio del placer gobierna sobre el “yo”, implica que el fin principal de la energía erótica es la satisfacción instintiva de eros, a través del goce, sin más función que la del acceso al objeto del placer. Para que se de esta condición se necesita un vuelco cultural,

una nueva organización donde el principio de realidad restrinja en menor grado al principio de placer.

Se necesita una sublimación no represiva e incluso una sublimación no desexualizada. Donde el instinto no se desvíe de su aspiración placentera. Que encuentre placer en las actividades por donde se reorienta su energía sexual. Marcuse cree que la sublimación es una forma placentera en la que es posible reorientar el deseo, es decir, la sublimación de las pulsiones sexuales pueden ser una forma gratificante para el hombre.

La energía erótica, aunque sublimada, no se desvía de su fin que es el placer. Pero para que se dé esta situación, Marcuse expresa que primero se debe acabar con el trabajo enajenado, pues si el trabajo deja de ser dolorosa y pesado, y se convierte en un trabajo gratificante, el hombre al sublimar su energía erótica durante la jornada laboral, encuentra placer. Condición que reconciliaría al sujeto con el objeto, pues ahora el objeto no le causa dolor sino dicha.

¿Es posible acabar con el trabajo enajenado? Marcuse considera que sí. Es posible en el marco del desarrollo de la ciencia y la tecnología abolir el trabajo no gratificante. Para ello se necesita transformar la represión sobrante y el principio de actuación, pero, ¿es posible modificar el principio de actuación y la represión sobrante? Marcuse expone que el principio de actuación y la represión sobrante no son inherentes a la cultura, sino que pertenecen a una organización social en específica, organización que ha mantenido la escasez como principio para perpetuarse en el poder. Y como el principio de actuación ni la represión excedente son inherentes a la cultura, se puede lograr su transformación.

Marcuse propone la idea de una nueva organización social donde el principio de realidad no exceda ni restrinja de manera abrupta el principio del placer. Es decir, un principio de realidad

que restrinja en menor grado los instintos del hombre, para que este, se sienta instintivamente realizado dentro de una nueva organización social. Organización donde sociedad e individuo no sean opuestos.

Marcuse al observar que la represión sobrante no es inherente a la cultura, realiza una extrapolación de los conceptos freudianos, que le permite observar que Freud no hacía distinción entre la represión básica y la represión sobrante. los dos nuevos conceptos: represión sobrante y el principio de actuación son propios de una estructura social específica que se basa en el dominio de las masas. Dominio que no es necesario para la conservación de la cultura, sino para mantener el poder y los intereses sociales y específicos que sostienen los privilegios, riquezas y poder de unas minorías, mientras explota irracionalmente la naturaleza, degrada, empobrece y domina a la mayoría de los hombres.

La lógica de esta sociedad exige la limitación de libertad. El hombre por el bien social es reprimido y encasillado dentro de los márgenes establecidos, convirtiéndose en preso del sistema. Solo es libre de poder elegir lo que necesita dentro de un círculo cerrado, donde solo elige lo que consume. Esta no libertad es la pauta para el cambio propuesto por Marcuse, ya que denota que la civilización actual reprime de manera absoluta al hombre y le quite su libertad real. “Si la ausencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización es entonces la lucha contra esta libertad”. (Marcuse, Eros y Civilización, 1953).

Para modificar la represión sobrante, la producción y el trabajo deben ser reorientados, y así, el hombre desarrolle sus capacidades durante este tiempo. Para ello, Marcuse dice que se debe modificar las necesidades humanas, así como establecer otros criterios y prioridades dentro del sistema de producción que sean más compatibles con las necesidades auténticas

de los hombres y con una explotación más racional y sostenible de los recursos naturales, la fauna y la flora.

Se debe pensar desde a fuera de la represión. Para concebir la técnica, el arte, la filosofía y el trabajo como forma de liberación. Estos serán los medios para la transformación. Contradictoriamente es la misma sociedad industrial avanzada la que los ha establecido, aunque dentro de ella se han utilizado para destruir y dominar, dentro de una nueva sociedad pueden ser utilizados para acabar con la desigualdad, con las largas jornadas de trabajo, la enajenación, la represión y la desdicha. Serán el medio para que el hombre sienta gozo y placer, al momento en que sean concebidos como liberadores.

Para lograr este fin se debe apaciguar el dominio sobre el hombre, y dejar que sus instintos tengan lugar en la sociedad, o por lo menos que al ser sublimados sigan siendo placenteros, que no pierdan su erotismo al ser reorientados. Marcuse cree que en la parte inconsciente están las respuestas, pues hay esta reprimido el principio del placer, el eros, que anhela con salir hacia el exterior. Hay que quitarles cargas innecesarias a los instintos, para que puedan tener lugar en un nuevo orden social.

Cabe aclarar que Marcuse no está negando la necesidad del principio de realidad, por el contrario, lo afirma. Lo que propone es una nueva estructura social, donde el principio de realidad no exceda su poder. Es decir, que apacigüe su forma de control y deje de operar bajo la sociedad de dominio. Solo de esta forma, el principio del placer lograra cobrar vida, si el principio de realidad calma su represión excesiva.

A medida en que se piensa en una civilización libre, se demuestra el hecho de su posibilidad y la necesidad del hombre de su libertad. Pero no es una tarea fácil, tanto que la civilización

de dominio responde imponiendo nuevas restricciones para que no se pierda el orden pregonado “la civilización tiene que defenderse a sí misma del fantasma de un mundo que puede ser libre” (Marcuse, Eros y Civilización, 1953, pág. 94). Restricciones que surgen para acabar con todo heroísmo fantasioso de libertad y así lograr conservar el totalitarismo impuesto.

### **2,3. Cultura de la dominación de la consciencia.**

La represión sobrante y el principio de actuación juegan un papel fundamental en la nueva forma de la cultura, “cultura de masas” que viene siendo para Marcuse “la refutación de esta cultura por la realidad” (Marcuse, El hombre unidimensional, 1954, pág. 86). Adorno la entiende como:

La reproducción y difusión masiva (desde la segunda mitad del siglo XX) de diversas expresiones de la cultura occidental. Si en los siglos XVIII y XIX esos procesos de reproducción y difusión de la cultura se habían desarrollado a través de medios escritos como la prensa, los boletines, los folletos y los pasquines, siendo controlados en general por los grupos hegemónicos” Valencia, H. y Zúñiga, L. (2015). “Cultura de masas y cultura afirmativa dentro del conflicto individuo y sociedad. Una aproximación desde la teoría crítica de la sociedad”. Revista Filosofía UIS. 14 (1). pp. 95-115.

La cultura de masas utiliza los medios de comunicación para mantener la hegemonía. No contribuyendo al proceso de ilustración donde la razón, el pensamiento crítico y autónomo predominan, sino más bien a una actitud de obediencia. La distribución en masa de estos medios de comunicación (libros periódicos, revistas, televisión), actúan en contra del proceso de reflexión del individuo y a favor de la estructura dominante.

Estos medios son propios de la cultura de masas, mostrando un antes y un después. Un antes pretecnológico y un después tecnológico en el que el hombre es capaz de crear todo lo que se proponga, tiene más poder que los dioses. En la época pretecnológica existía lo que Marcuse llama “la alta cultura”. En ella la sublimación negaba y contradecía el mundo. El hombre podía enajenarse, por ejemplo, en la obra artística y encontrar satisfacción. El arte en esta época era como un bálsamo, un elemento que actuaba como sedante de la realización de la felicidad.

Producía una satisfacción que no se reduce al placer sexual como lo propone Freud, sino más bien a un placer erótico que encuentra su realización más allá de la unión de los órganos genitales del hombre y la mujer. “Marcuse concibe el comienzo de un «arte erótico» asignándole la tarea de reorganizar la vida cotidiana, incidiendo en todas las actividades humanas –productivas o improductivas– que requieren participación y empeño colectivo” Bentivegna, A. (2009). Herbert Marcuse y la agonía del eros. Salamanca, España.

El placer se podía concebir yendo al teatro, a deslumbrarse con una obra artística, con una ópera. Estos salones que eran parte material de la alta cultura servían a la enajenación artística, a la sublimación. Era un lugar donde el hombre podía escapar de la realidad. La obra de arte que se presentaba en los teatros no se incorporaba al mundo, sino más bien mostraba el rechazo de este.

A medida que rechaza el mundo real, crea uno nuevo, donde el hombre puede recrear cosas que en el mundo real están ausentes. Al pensar en las cosas que están ausentes se puede “romper el encanto de las cosas que son; es más, es la introducción de un orden diferente de

cosas en el establecido: «el comienzo de un mundo»” (Marcuse, El hombre unidimensional, 1954, pág. 98).

La sublimación propia de la alta cultura mostraba la esperanza de un mundo distinto, y ponía la fe en el futuro, “imágenes de una gratificación que disolvería la sociedad que la suprime” (Marcuse, El hombre unidimensional, 1954, pág. 90). Por medio del arte el hombre se deja guiar por su imaginación y escapa de los horrores de esta vida. Crea otra dimensión en la que el mundo real es contrario a los ideales y verdades, donde denuncia las desigualdades y los fracasos de la cultura. Pero la enajenación por medio de la obra artística en la alta cultura era propia de una clase privilegiada, lo cual mostraba los contrastes de clase, donde la miseria era protagonista en la mayoría y las riquezas propias de una minoría privilegiada.

A pesar de representar los ideales de una minoría, denunciaba y negaba el mundo. Existían otras dimensiones en las que el hombre podía escapar. Pero esas dimensiones han quedado en el pasado. Han sido reconciliadas por la nueva forma cultural, “la cultura de masas”, que, con sus logros tecnológicos, ha invalidado la alta cultura del pasado. Dentro de esta civilización que uniforma la vida y la consciencia del hombre, ya no existe la conciencia de la desigualdad, se ha dejado a un lado la conciencia desgraciada que ayuda a negar el mundo y las desigualdades. El individuo debe acostumbrarse a su nueva vida dentro de la civilización, en la que es concebido como un instrumento.

Las dimensiones que existían en la alta cultura han sido conciliadas con la sociedad y ahora afirman los valores de la sociedad existente, el arte de la cultura de masas ha perdido su carácter destructor, ahora afirma, lo que antes denunciaba. Pero a pesar de ello, Marcuse alude al hecho que, en esa conciliación existe la posibilidad de conciliar la cultura con eros.

“la conquista y unificación de los opuestos, que encuentra su gloria ideológica en la transformación de la alta cultura en popular, tiene lugar sobre una base material de satisfacción creciente. Esta es también la base que permite una total desublimación” (Marcuse, El hombre unidimensional, 1954, pág. 102).

Es decir, Marcuse logra ver una salida hacia la satisfacción del individuo. La alta cultura al popularizarse se vuelve accesible a las masas. Con esto muestra Marcuse como la civilización actual, propone las pautas para que la cultura se reconcilie con eros, pues es la civilización la que por medio de la técnica populariza la alta cultura. Al popularizar, por ejemplo, el arte, que hace parte de la alta cultura, se logra una sublimación en la medida en que crea imágenes que son opuestas al principio de realidad, que niegan la realidad, pero también al ser imágenes culturales llegan a hacer útiles y se convierten en una forma de desublimación.

Su incorporación a la cocina, la oficina, la tienda; su liberación comercial como negocio y diversión es, en un sentido, desublimación: reemplaza la gratificación mediatizada por la inmediata... la sexualidad es liberada (o, más bien liberalizada) dentro de formas sociales constructivas. (Marcuse, El hombre unidimensional, 1954, pág. 102)

Los valores de la alta cultura han quedado disueltos, y se han comercializado como un producto mercantil. Esto es prueba para Marcuse que existen formas de desublimación represiva. Es decir, liberación controlada y administrada de los instintos. Aunque sigue siendo represiva la forma en que se populariza la alta cultura, sirve a la desublimación y a la satisfacción del hombre. Se libera el tiempo del hombre a la vez que se domina.

Pero esta desublimación de la sociedad tecnológica acaba con la dimensión del arte. El arte en la alta cultura estaba por fuera del mundo, mostrando otra realidad a la vez que negaba la

existente, era un arte sublimado que conservaba su verdad. Ahora el arte es incorporada en la vida y posee un valor de cambio. Las obras artísticas son vendidas en libros, son incorporadas en la televisión y en la radio, se han vuelto parte de un negocio lucrativo. Se les mira por su valor económico y no por la verdad que contienen.

La sublimación que se realizaba yendo al teatro a mirar una obra teatral ha perdido su importancia, pues ahora es más fácil verla a través de la televisión que se encuentra en los hogares o escucharla en la radio. El arte se vuelve accesible a todas las masas, lo que parece acabar con la brecha de clases que existía en la alta cultura. Pero esta igualdad afirma la dominación, pues el arte llega a los hogares a través de un medio producido por la cultura de masas. Medio que sirve para la dominación. Además, las desigualdades de la alta cultura señalaban la injusticia que ahora en la cultura de masas es maquillada.

Por otro lado, Marcuse (1964) señala que esta desublimación se aplica también en el campo de la sexualidad y la agresividad, y es gracias a la técnica que, con sus máquinas creadas se encarga del trabajo pesado y doloroso, dejando al hombre con mayor libertad de la libido. Pero esta libido sufre sus transformaciones y es limitada a la experiencia sexual. Ya no existe el erotismo del ambiente, donde el hombre experimentaba placer. Estos paisajes ante la mirada del hombre han perdido su erotismo, y la libido ha perdido su polimorfismo, reduciéndose al placer sexual y de producción.

Ahora el ambiente ha sido cambiado por las grandes construcciones materiales, por la vida urbana y los grandes centros de consumo, en los cuales el individuo consume los bienes culturales. El ambiente ha sido socializado, lo que genera un incremento de dominio sobre el individuo. A pesar de tal dominación, el individuo se siente a gusto dentro de la cultura de

masas, ya que dentro de ella puede experimentar diversión y placer sexual. Aunque este placer es mecanizado por la técnica y controlado. Es un placer sumiso que promueve el control del hombre. Pero a la larga sigue siendo placentero para el individuo, aunque sea una forma represiva de sus instintos.

Pero esta liberación sexual y agresiva en cierto modo es conformista. La libido ya no se opone a la cultura represiva, sino que la perpetua. La desublimación debilita “La rebeldía instintiva contra «el principio de realidad»” (Marcuse, *El hombre unidimensional*, 1954, pág. 107). Ahora la sexualidad y el arte sublimado y mediatizado carecen de compromiso y negación, se vuelven inofensivos. Más que negar su contenido lo afirman.

La sexualidad ha sido reducida a lo genital, y mediatizada para que todos tengas acceso a ella. No posee ningún cambio social, solo sirve al morbo de las personas, volviéndose vulgar. El contenido que se muestra en revista para adultos, televisión y demás, es obsceno, no dejando nada a la imaginación, se vuelven pornografía que cualquiera puede tener. En la alta cultura no ocurría esta situación, el arte y la sexualidad eran distintos, la sublimación, la imaginación y la libertad sumergían al hombre en un mundo placentero paralelo al real. Un mundo en el que no todo estaba dicho ni presentado, y en el que se podía dar lugar a la imaginación.

La fantasía lograba unir los más profundos yacimientos del inconsciente con el alto producto del consciente, en este caso “el arte” “los sueños con la realidad: preserva los arquetipos del género, las eternas, aunque reprimidas, ideas de la memoria individual y colectiva, las imágenes de libertad convertidas en tabúes” (Marcuse, *Eros y Civilización*, 1953, pág. 136).

La fantasía Freud, la muestra como un proceso del pensamiento con leyes propias y valores verdaderos, que corresponde a exigencias propias. Y se encuentra intrínsecamente unida al principio del placer. Pero con la llegada del principio de realidad, el principio del placer es dividido y reprimido. Esta división causa que una parte de los instintos placenteros o del ego sean acomodados bajo el principio de realidad y obligado a adaptarse a sus exigencias.

La otra parte que escapa del monopolio impuesto por el principio de realidad queda fuera de la dominación, siendo casi irrealista, inútil a los ojos del mundo, pero permanece como agradable, como una forma de soñar despierto. “sigue hablando el lenguaje del principio del placer, de la libertad de la represión, del deseo y la gratificación no inhibidos” (Marcuse, *Eros y Civilización*, 1953, pág. 137).

Esta fantasía, tiene su lugar en la obra artística sublimada, en la que, no todo estaba dicho, por eso el hombre podía hacer uso de su imaginación. Pero esta condición ha sido cambiada en la cultura de masas, donde todo está dicho y expuesto al público. Para Marcuse en las formas sublimadas del arte se conserva mucho más contenido de libertad, que frente a los propios procesos de desublimación. La desublimación, aunque mediatiza por igual sus contenidos a las masas y proclama libertad, no deja que la imaginación del hombre sea libre.

La desublimación represiva juega así a favor de sociedad tecnológica, creando una conciencia feliz, que expresa que lo real es lo racional y que el sistema proporciona lo necesario. Esta racionalidad implica hacer un acto monstruoso y aun así no sentir remordimiento, ya que ese acto es hecho a favor de la nación o del sistema etc. Nada logra perturbar la conciencia feliz del hombre dentro de la cultura.

Al crear la sociedad la conciencia feliz, se libera de los cuestionamientos del hombre. El hombre no cuestiona a la sociedad porque se muestra como la dadora de lo necesario, de los bienes, el hombre cree ser feliz dentro de ella. La sociedad mantiene una apariencia protectora y es gracias a esta apariencia que al individuo se le hace difícil contraponerse, pues ir en contra del protector sistema que provee lo necesario, es una ambivalencia y desfachatez, es ir en contra de la buena vida material.

Cabe decir que, Marcuse cree que es mejor la permanencia del conflicto entre individuo y sociedad, que la reconciliación de estos por medio de la desublimación represiva. Pues la desublimación represiva crea una conciencia feliz que afirma sin criticar, donde la conciencia desgraciada ha sido conquistada por la cultura de masas. Crea una armonía que es en realidad falsa, que se mantiene sobre la base de un debilitamiento de las capacidades críticas y de la conciencia moral. Mientras se mantenga la represión sobrante de la cultura de masas, es mejor mantener el conflicto individuo-sociedad.

Vemos el nivel de colonización de la civilización tecnológica, al entrar como un huésped a nuestra consciencia y apoderarse de nosotros. Ya nada escapa a ella, el pensamiento individual no existe, es cambiado por un pensamiento colectivo donde lo primordial es mantener la sociedad. Al hombre se le promete confort y un mayor nivel de vida material para que no se revele y se mantenga dentro de la uniformidad, al mismo tiempo que puede calmar su apetito sexual, por medio de la desublimación represiva de la sexualidad. Así, todo cambio social es derrocado por el sistema, al ofrecerle al individuo el confort y diversión.

## **2,4. Trabajo libre de dominación**

Para pensar en la liberación del hombre de la represión, no solo se debe pensar en la sublimación del arte y la sexualidad, también se debe pensar en la liberación del trabajo del aparato explotador. El trabajo para Marcuse es parte de la condición humana, por lo que se debe pensar en un trabajo que este por fuera de los parámetros de dominación que impone una estructura social basada en el poder. Un trabajo en el que el hombre sienta gratificación y no dolor, un trabajo sublimado.

Para Marcuse si es posible el hecho de concebir el trabajo como gratificante, como manera del hombre realizarse. El trabajo no es una actividad degradante y contraria a la felicidad, por el contrario, contribuye a ella, en la medida en que ayuda a la realización del hombre. La negatividad que se le atribuye no es propia de él, sino de un sistema de poder que lo absuelve y lo convierte en doloroso.

El aparato explotador por medio del trabajo reprime al individuo. El hombre dentro de esta sociedad debe producir bienes materiales que en su condición de esclavo del sistema ve como necesidad, reproduciendo la servidumbre e introyectándola hacia el interior. Ejecuta como si fuera una máquina y tuviera un chip en su consciencia todo lo que el sistema le diga que es necesario y consumible sin oposición. Convirtiéndose en un esclavo, su cuerpo y espíritu son convertidos en instrumentos para el trabajo. Su yo no escapa de este escenario y se vuelve prisionero del principio de realidad. El hombre se vuelve unidimensional.

Marcuse se apoya en Schiller para explicar cómo debe ser entendido el trabajo. Schiller argumenta que la belleza es la que conduce a la libertad, y ella a la vez está unida a la idea de juego, compartiendo la idea de su maestro Kant “la belleza obliga al despertar del libre

juego de las facultades, poniendo en interacción imaginación y entendimiento, en una compenetración libre y además placentera” (Calvo, Cronología de una utopía Herbert Marcuse, pág. 9).

Lo que propone Schiller es un trabajo estético, que el fin sea solo la autónoma materialización de la libertad. Una actividad bella, libre, creativa y placentera donde el hombre puede sentir gratificación y goce, quitando el peso doloroso que poseía el trabajo. Ahora es libre y bello porque el hombre puede ser lo que quiere ser dentro de él, sin que con esto afecte la constitución social.

Para esto se necesita un principio de realidad que entienda el juego como necesario para la realización del hombre en la sociedad. Principio en el que el eros logre esparcirse, pues no tiene sentido su represión a lo meramente genital. Se debe devolver a las partes del cuerpo su erotismo, al igual que al ambiente, a los objetos, para lograr que el sujeto y el objeto se reconcilien. Y así el objeto le produzca placer al sujeto y no dolor.

Pero esta tarea se muestra utópica en el momento en que el principio de actuación y la represión excedente impone más represión contra toda idea de libertad. Lo que prueba, primero que el principio de actuación posee mucha fuerza, que utiliza para que nadie se salga de su control, y segundo que, si se puede pensar en una estructura social nueva basada en la libertad, se puede lograr la transformación de la ya construida, mientras se logre abolir el trabajo doloroso. Pensar en una constitución de la sociedad donde el hombre no vea mutilado su placer instintivo, prueba que la establecida no es una sociedad libre. El cambio es la única opción para que el individuo se realice dentro de una nueva estructura social.

Se necesita pensar en una civilización que vaya más allá del principio de realidad, y logre la construcción de una estructura social nueva donde el eros encuentre su realización y donde el hombre no se destruya al momento en que gratifica sus instintos, ni destruya su entorno. Una estructura donde la dominación, la servidumbre, la acumulación y el poder de clases, sean abolidos, y la sublimación haga lo suyo, es decir, el esparcimiento de la libertad del hombre, a través del arte y de una sexualidad con libertad. Para ello hay que pensar más allá de la realidad establecida, y tratar construir una nueva realidad.

Haciendo una recapitulación de los argumentos expuestos por Marcuse para que el individuo encuentre su realización, sea libre y feliz dentro de la civilización, podemos observar su pensamiento positivo. Pensamiento que lo lleva a una viable salida al problema de la represión de los instintos del hombre. Para Marcuse si es posible que el hombre sea libre dentro de la civilización, para ello se debe liberar la consciencia del aparato explotador en el cual se encuentra atado.

Una vez liberada la consciencia del aparato explotador, se puede pensar desde fuera de los márgenes de la dominación y concebir una sociedad libre. Sociedad en la que el individuo pueda lograr su satisfacción. Una reestructuración social donde el trabajo no sea fuente de sufrimiento sino de realización, gratificación y gozo. Trabajo donde el hombre se encuentre reconciliado con el objeto, donde sea libre y feliz con su labor.

Cabe decir que lo expuesto por Marcuse, aunque sea viable teóricamente, es difícil de llevar a cabo pragmáticamente. Es decir, uno puede pensar en una nueva estructura social donde el hombre logre su felicidad, sin que esto quiera decir que se puede llevar a cabo en la realidad. Pues la realidad muestra cuán difícil es lograr su transformación. Es casi imposible crear un

mundo paralelo a través de las diferentes dimensiones, y que se convierta en realidad. Sin embargo, los argumentos de Marcuse denotan la necesidad de una nueva estructura social que no esté basado en la dominación. Mostrando que se puede pensar en el cambio, aunque sea difícil de llevar a cabo. La idea de Marcuse es “si se puede pensar en el cambio, se puede realizar”.

Se puede pensar en una realidad social con menos dominación y más sublimación, un mundo donde la realización del individuo sea la prioridad y no su abolición. Un mundo donde el arte y el erotismo sean posible, donde tengan mayor libertad y sean guiadas por la imaginación a través de dimensiones estéticas. Un mundo donde el hombre pueda ser, sin que con esto destruya la sociedad. Una vida soñada que hasta el momento no ha sido posible, pero de la cual no se pierde la esperanza de su realización. La esperanza de un mejor mañana existe, la dimensión estética lo ha mostrado y no hay porque abandonar ese camino.

## Conclusión

Freud es muy preciso al desnudar la psique del hombre y mostrar los dos ámbitos existentes “consciente e inconsciente”, los cuales se rigen de manera diferente. Uno por parámetros sociales, y el otro por los instintos primitivos. Mostrando que poseen intereses diferentes, el consciente, por medio del principio de realidad, reprime los instintos primitivos con el fin de mantener el orden social y la perpetuación de la raza humana, y el inconsciente desea saciar sus instintos sin importar las consecuencias. La represión a los instintos por medio del principio de realidad es lo que lleva a pensar a Freud en la imposibilidad de la felicidad del hombre dentro de la cultura. Pues para Freud la felicidad deviene de la satisfacción de los instintos.

Aunque Freud tiene una actitud negativa ante la superación del conflicto individuo-cultura, en sus estudios muestra las pautas que conllevan a la superación de dicho conflicto, las cuales pueden ser utilizadas para buscar una solución en la actualidad. Es decir, la obra de Freud sigue siendo de suma importancia en el presente, para el estudio de posibles soluciones que conlleven a buscar una salida de la represión del hombre dentro de la cultura.

Además, al momento de revelar en sus estudios, las tendencias agresivas que posee el hombre nos llevan a pensar en el individuo no solo como un ser bueno lleno de amor, sino también como un ser lleno de agresividad. Esto es de gran provecho en la actualidad, pues podemos replantear las relaciones interpersonales, desde un aspecto más real y menos romántico. Sabiendo que el individuo posee amor y agresividad, nos hacemos la idea que puede amar, pero también odiar y destruir.

Así no se hace difícil comprender como el individuo puede amar a su familia, amigos, grupo social, nación etc. Y a la vez descargar su agresividad hacia grupos sociales o naciones diferentes a la cual pertenece. Prueba de ellos son las dos grandes guerras mundiales de la historia. Donde los hombres se destruían entre sí, defendiendo sus ideales y su nación, y atacando a los que poseían intereses opuestos. A esto Freud lo llama narcisismo de las pequeñas diferencias.

En la discriminación y racismo tan presente en nuestra época, también podemos observar las tendencias agresivas del hombre. Señalando como el individuo utiliza las diferencias de ideas, étnicas, de piel, de clases económicas etc. Para someter y descargar odio hacia el otro. El otro, como Freud lo manifiesta, es visto como alguien en quien se puede descargar la agresividad, sacándola hacia el exterior. Mostrando la vigencia de las concepciones freudianas en el presente.

Por otro lado, Marcuse se muestra con actitud diferente a la de Freud respecto a la salida de la represión del hombre. Para Freud la lucha por la supervivencia contribuye a la represión y la infelicidad del individuo, pues los recursos humanos son escasos, y el hombre se ve obligado a luchar contra el otro para sobrevivir, lo que lleva a sacar la agresividad. Freud piensa que la lucha por la supervivencia es eterna, debido a la escasez. Marcuse critica esta postura freudiana, debido a que Freud no ubica históricamente el principio de realidad. Y decide mostrar que el principio de realidad no es el mismo en todas las épocas, no juega el mismo papel en épocas pasadas, que en épocas actuales.

La represión y el principio de realidad Marcuse lo ubica en la sociedad industrial avanzada como “principio de actuación y represión sobrante”. Señalan como la sociedad industrial

avanzada utiliza un porcentaje mayor a la represión básica. Es decir, la represión excede los niveles normales para que existan la sociedad. Ahora se utiliza la represión excedente para mantener al individuo dentro de una sociedad de dominio, donde es visto como un instrumento para la producción.

Esta represión sobrante y principio de actuación, explica Marcuse, se debe acabar, para pensar en superar el conflicto individuo-sociedad y liberar al individuo. Se muestra Marcuse con un pensamiento positivo ante la libertad y felicidad del hombre. Manifiesta que existen mecanismos para liberar al individuo, por ejemplo, el proceso de sublimación, donde el individuo puede alcanzar la satisfacción. A la vez que niega y denuncia al mundo. La sublimación viene siendo la libertad de la represión.

En las sociedades industriales avanzadas (cultura de masas), el proceso de sublimación propia de la alta cultura se deja a un lado, para aplicar la desublimación represiva, que se trata de un tipo de liberación contralada de los instintos. Dicha desublimación contribuye a afirmar la cultura sin criticar. Creando una conciencia feliz, donde el individuo se encuentra adormecido, y no reflexiona ni niega el contenido social.

La cultura se populariza y llega a las masas por medios de comunicación: periódicos, radio, televisión etc. Creando en cierta forma una igualdad represiva, debido a que el contenido expuesto mediante estos medios, si bien es cierto llega a todos por igual, es utilizado para reprimir. Marcuse, aunque muestra la salida a la satisfacción del hombre que propone la cultura de masas por medio de la desublimación represiva, no está de acuerdo en que el individuo se guíe por esta forma de "liberación". Ya que la desublimación represiva contribuye a mantener la represión.

La cultura utiliza los medios de comunicación masiva, la prensa, la televisión, la radio, etc. Para promover la hegemonía y mantener un pensamiento unidimensional. La televisión, por ejemplo, se utiliza para vender y promover el uso de mercancía, que los hogares deben poseer, para tener cierto bienestar, según los criterios culturales. Promueve así mismo la simpatía por partidos políticos, llegando a nuestros hogares información a favor y desfavor de algunos partidos. Buscando que los individuos sientan simpatía o descontento por algún grupo político. Los medios de comunicación no invitan a reflexionar y criticar a la sociedad, más bien, ayudan a incorporar un comportamiento obediente que afirma lo establecido.

La cultura de masas utiliza los medios, la técnica, el arte, etc. Para mantener su hegemonía. Marcuse expresa que se necesita de una sublimación no represiva, que contribuya a liberar al individuo de la represión sobrante. Que muestre como los avances técnicos y científicos pueden liberar al hombre del trabajo pesado. Y así pueda ocupar su tiempo en la satisfacción de sus instintos.

Pero esta salida se muestra utópica al momento que la civilización impone y actualiza nuevas restricciones para mantener el poder. Sin embargo, no se puede abandonar la idea que algún día el futuro pueda dar vida a la realización de los deseos traicionados en el pasado. No se debe abandonar la idea que la civilización le dé la posibilidad al individuo de su plena realización.

Marcuse piensa que, los mismos valores sociales proporcionan el cimiento para el cambio social. El hecho que aún no se hayan realizado, no le resta su importancia. Y aunque se muestra utópico el cambio, Marcuse piensa que la utopía es la puerta para una sociedad

mejor. Y si bien, las aspiraciones del pasado han sido traicionadas, no les resta la verdad que contienen.

## Bibliografía

- Alfredo, B. C. (s.f.). *Freud y su interpretación de la cultura*. Guadalajara .
- Bentivegna, A. (2009). *Herbert Marcuse y La Agonía del Eros*. Salamanca, España.
- Calvo, C. A. (2016). *LA PACIFICACIÓN DE LA EXISTENCIA. Marcuse y su propuesta de la superación de la sociedad represiva*. Cali, Colombia .
- Calvo, M. E. (2011). *Cronología de una utopía Herbert Marcuse*. Zaragoza.
- EINSTEIN, S. F. (1933). *Carta abierta de Freud a Einstein sobre ¿Por qué la guerra?*
- Freud, S. (1912-1913). *Totem y Tabú*. Roma, Italia.
- Freud, S. (1923). *yo y el ello*.
- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*.
- Freud, S. (1929-1930). *El malestar en la cultura*. (L. L. Ballesteros, Trad.)
- Herbert, M. (1979). *La rebelión de los instintos vitales. 6º coloquio "Romerberg" de Frankfurt*.
- Izquierdo, M. J. (1996). *El vínculo social: una lectura sociológica de Freud*. Barcelona, España .
- Justicia, J. M. (s.f.). *Psicología Social de la Agresión: Análisis teórico y experimental*. Barcelona.
- Marcuse, H. (1953). *Eros y Civilización*. (J. G. Ponce, Trad.) SARPE S A, 1983.
- Marcuse, H. (s.f.). *El hombre unidimensional*. (A. Elorza, Trad.) Ariel, S.A.
- Navarro, D. S. (s.f.). *LA CRITICA DE MARCUSE A LA SOCIEDAD UNIDIMENSIONAL*.
- Robert, J. (2006). *Herbert Marcuse: sexualidad y psicoanálisis*. revista de filosofía universidad de Costa Rica .
- Sigmund, F. (1929-1930). *El malestar en la cultura*. Biblioteca libre OMEGALFA.
- Villegas-Betancourth\*\*, J. E. (2017). *H. Marcuse: cultura y represión, una renuncia a la felicidad* (Vol. Vol. 3 ). Cali, Colombia .
- Valencia, H. y Zuñiga, L. (2015). "Cultura de masas y cultura afirmativa dentro del conflicto individuo y sociedad. Una aproximación desde la teoría crítica de la sociedad". *Revista Filosofía UIS*. 14 (1). pp. 95-115.

Campos, R. V. (2006). Marcuse: vigencia de un pensamiento inactual. Costa Rica.